



Ángel de Saavedra Rivas

La victoria de Pavía

Al Señor don Mariano Roca de Togores

Romance Primero
Pescara y los españoles

De la sitiada Pavía,
desde las gigantes torres
que el bravo Antonio de Leiva
guarda con sus españoles;
entre nubes de humo y polvo
do arcabuces y cañones,
de rayos llenan el aire,
de truenos el horizonte,
se ve la horrenda batalla
en que disputan feroces
Francisco y Carlos el cetro
de Italia y de todo el orbe.
Dos veces más numerosos

los franceses escuadrones
son, que los que allí combaten¹⁵
de Carlos Quinto en el nombre.

Y aquellos a su cabeza,
con lo que valen al doble,
tienen a su rey Francisco,
monarca de excelsos dotes.²⁰

Pues en valor y destreza,
y en caballeroso porte,
quien le exceda y sobrepuje
el mundo no reconoce.

Al ejército del César²⁵
si la ventaja nególe
el Cielo de ver al frente
a su soberano entonces,
le dio la de que lo rija
el aventajado y noble³⁰
marqués de Pescara invicto,
guerrero de alto renombre.

Y si es en número escaso
y viene de galas pobre,
también con la fama cuenta³⁵
de los tercios españoles.

*

La francesa artillería,
cuyo número era enorme,
deshace apretadas filas,
espesas hileras rompe,⁴⁰
y cual tempestad horrenda
llena de pavor el orbe,
borrando el son de las trompas
y de los cabos las voces.

Mas las imperiales huestes⁴⁵
desprecian el fuego, y corren
a que decida el combate
de la dura lanza el bote.

Y de Nápoles embiste
el visorrey a galope,⁵⁰
de hombres de armas y ligeros
con los bravos escuadrones.

El rey de Francia los suyos
numerosísimos pone,
mas cual bisoño caudillo,⁵⁵
para la batalla en orden.

¡Cuán gallardo y rozagante,
augusto, lozano y joven
oprime un tordo rodado
que a tal dueño corresponde!⁶⁰

De morado terciopelo
y brocado de oro, sobre

el arnés fúlgido, lleva
veste de ricas labores.

Efes de oro son y lises,65
que deslumbran como soles,
y de oro y morada seda
lazos, borlas y cordones.

En el alto capacete,
del viento halago y azote,70
amarillos y morados
vuelan flexibles airones.

Y en medio de ellos descuella
una flecha de oro, donde
primoroso pendoncillo75
un claro emblema propone.

Bordada una salamandra
que en vivo fuego se esconde,
es el cuerpo de la empresa
y «modo et non plus» el mote.80

El almirante de Francia,
personaje de alto nombre;
el gran príncipe de Escocia,
gallardo y hermoso joven;

el príncipe de Navarra;85
de San Pol el bravo conde;
el mariscal Montmorency,
y otros insignes señores,

le acompañan y le sirven,
con él las filas recorren,90
y con él al campo abierto
salen a esperar el choque.

*

Terrible fue; parecía
que se encontraban los montes,
que se desplomaba el cielo95
y que caducaba el orbe.

Mas, ¡ay!, las fuerzas de Francia
eran en número dobles,
y el valor no hace imposibles,
aunque el valor los arrostre.100

Si bien del virrey la lanza
dio al almirante fin noble;
si bien insignes franceses
cayeron de los arzones;

si bien resisten constantes,105
como murallas de bronce,
los imperiales jinetes,
al cabo, al cabo... eran hombres.

Muere del rey en la lanza
el desventurado joven110
a quien Cívita-Santángel

por su marqués reconoce.

El mismo Alarcón, a tierra
vino de una maza al golpe,
como cae gigante pino,115
cual se desploma una torre.

Y a pie combate y resiste
dando tajos y mandobles,
y a su vigor y destreza
debió no morir entonces.120

El del Vasto en gran peligro
se ve entre diez borgoñones,
y tiene que abrirse paso
con la punta del estoque.

Todo es muerte y exterminio;125
cuatro jinetes se oponen
a cada jinete nuestro,
sin que la lid abandone.

Y ya no queda esperanza
de que a la victoria logren130
seducir tan alto esfuerzo
y tantas hazañas nobles,
cuando el capitán Quesada
en el combate lanzóse,
seguido de cien certeros135
arcabuces españoles.

Y con tanto tino asesta
sus rayos atronadores,
que a los contrarios asombra
y en retirada los pone.140

*

En tanto, por otra parte
otros frescos escuadrones
de bien montados franceses,
«Francia» apellidando a voces,
arrollando cuanto encuentran,145
con la lanza en ristre corren,
y a los tercios de la Italia
vencen, deshacen y rompen.

Los esguízaros que siguen
de la Francia los pendones,150
a reforzar el combate
presurosos se disponen.

Y hasta el mismo rey Francisco,
con nuevo escuadrón a trote,
va a asegurar la victoria155
que ya suya reconoce.

El gran marqués de Pescara
que lo advierte, decidióse,
confiado en su fortuna,
a aventurar todo entonces;160

y con risueño semblante
a los tercios españoles
torna, y animoso dice:
«¡Ah de mis fuertes leones!
»Vuestro debe ser el día;165
allí donde más feroces
los enemigos se agolpan,
allí hay laureles mayores.
»Venid conmigo a cogerlos,
vuestras frentes solas logren170
coronarse con sus ramas
entre tan varias naciones.»

Vivas que asordan el aire,
y seis mil bravos acordes
lanzan (sonoroso grito175
de ansia, de gloria y renombre),
fue la respuesta. Y al punto
con celeridad movióse
de picas y de arcabuces
un espesísimo bosque.180

Al momento la fortuna,
tan indecisa hasta entonces,
en las imperiales huestes
los mudables ojos pone.

Y del pendón de Castilla185
los gloriosos resplandores
encantaron sus miradas
y en su favor declaróse.

*

Los arcabuces de España
no hay fila que no destrocen,190
no hay caballo que no ahuyenten,
no hay guerrero que no postren.

Y las picas españolas
no hay escuadra que no arrollen,
embate que no resistan195
ni desnudo que no asombren.

Huyen de su ardiente brío,
de sus balas y sus botes,
los franceses, hombres de armas,
y los ligeros peones.200

Y los esguízaros huyen
en confusión y desorden,
y huyen los nobles jinetes,
y huye el rey mismo a galope,
y de un ejército inmenso205
que ya vencedor juzgóse,
triunfa el marqués de Pescara
con sus seis mil españoles.

*

Este valiente caudillo,
cuyo esfuerzo no conoce²¹⁰
rival en el ancho mundo,
más alta empresa dispone;
y ordenando que el alcance
prosigan los vencedores,
y que los tudescos vengan²¹⁵
a sostenerlos veloces,
junta a varios caballeros
y de armas a algunos hombres,
que escaramuzando andaban
sin jefes y sin pendones;²²⁰
y poniéndose a su frente,
y requiriendo el estoque,
en un escuadrón lejano
que el rey Francisco recoge,
para tornar donde pueda²²⁵
dejar bien puesto su nombre,
al grito de «¡cierra España!»
con nueva furia lanzóse.

*

En tanto, Antonio de Leiva,
que la ventaja conoce²³⁰
de las fuerzas imperiales,
cual raudo torrente rompe
por las puertas de Pavía;
y cayendo osado sobre
la retaguardia francesa,²³⁵
en grande aprieto la pone.

Ya es de Carlos la victoria.
Ya los tercios españoles,
como el huracán que arrasa
los enmarañados bosques,²⁴⁰
abriéndose en un momento
ancha calle a sus furores,
no ven ya en su paso estorbo,
no encuentran quien los afronte.

Pero en medio de su triunfo,²⁴⁵
con pasmo y con dolor oyen
de que su Pescara es muerto
correr las siniestras voces.

Es cierto que no parece
desde que, con pocos hombres²⁵⁰
de armas, le vieron lanzarse
con tanto desnudo donde,
aún trabada la pelea,
reina confuso desorden.
Vengarle, pues, juran todos,²⁵⁵
y allá revuelven feroces.

Cuando entre el polvo y el humo

ven aparecer al trote,
al victorioso caudillo
de sus esperanzas norte260

*

Mas, ¡oh Dios, en cuál estado!
Herido su rostro noble,
pasado el brazo siniestro
de una lanza al duro bote;
el coselete partido265
y atravesado del golpe
de una bala, que parece
que fin a sus glorias pone.

Y el tordillo, moribundo,
herido en cuello y quijotes,270
un raudal de negra sangre
derramando a borbotones.

Las españolas escuadras
quedan al mirarlo inmóviles,
y el placer de la victoria275
en llanto y dolor tornóse.

Al cabo llega Pescara
sin que la muerte le asombre,
y dice con voz tranquila
partiendo los corazones:280
«¿Por qué os detenéis, amigos?
Valerosos españoles,
pues ya es vuestra la victoria
nada mi falta os importe.»

Desplómase el tordo en tierra;285
dos capitanes recogen
al general en los brazos,
y Vega, su gentilhombre,
del sangriento coselete
le desencaja los broches,290
y ve..., ¡oh placer!, que la bala,
causa de tantos temores,
aplastada contra el pecho,
leve contusión esconde;
del coselete, sin duda,295
en los adornos de bronce
perdió su temible fuerza;
o por dicha disparóse
desde tan lejos, que trajo
escasa violencia el golpe.300

Reanímense los soldados,
por milagro reconocen
dicha tan grande, y en «vivas»
prorrumpen y alegres voces.

Y repuesto el mismo herido,305
que traspasado juzgóse,

de la contusión del pecho
por los agudos dolores,
«¡Bendito sea Dios!», exclama.
Ármase de nuevo, y sobre³¹⁰
otro corcel restablece
en las escuadras el orden.

Y en las márgenes floridas
del manso Tesin, por donde
se retiran derrotados³¹⁵
de Francia los escuadrones,
sembrando exterminio y muerte,
aparecieron veloces
el gran marqués de Pescara
y los tercios españoles.³²⁰

Romance Segundo El estandarte ante todo

Del Tesin en las orillas
quiere hacer su último esfuerzo,
vencido y avergonzado
el rey Francisco Primero.

Sus numerosas escuadras³²⁵
dispersas ve y sin aliento,
y fuerzas aún poderosas
en confuso desconcierto.

Con el estoque en la mano
de cálida sangre lleno,³³⁰
pues soldado fue valiente
si no fue caudillo experto;
deslucidas ya sus galas,
deslustrados sus arreos,
y abollados de los golpes³³⁵
el capacete y el peto;

en su corcel, que de espuma,
de sangre y sudor cubierto,
cruza fatigado el campo,
obediente a espuela y freno;³⁴⁰

solo y sin séquito corre
llamando a sus caballeros,
denosta sus fugitivos,
recoge algunos dispersos,
y revuelve valeroso³⁴⁵
a escaramuzar ligero,
pensando que aun algo puede
con su valor y su ejemplo.

Todo en vano; la fortuna
la espalda y rostro le ha vuelto,³⁵⁰

y hasta las heces el cáliz
beberá del vencimiento.

De Alarcón los hombres de armas
vestidos de tosco hierro,
los del virrey denodados³⁵⁵
y los de Borbón soberbio,
y entre el tropel de jinetes
mezclados arcabuceros
españoles, cuyas balas
tienen prodigioso acierto,³⁶⁰
del rey de Francia, infelice,
invalidan los esfuerzos,
y hacen sordos a sus voces
a los franceses guerreros.

*

El despechado monarca³⁶⁵
del desapiadado cielo
tenaz resistencia opone
al inmutable decreto.

Y retirarse ordenados
a sus esguízaros viendo,³⁷⁰
del Tesin a un ancho vado,
donde su fin va a ser cierto,
vuela a ponerse a su frente
para advertirles el riesgo
que van a hallar en las aguas,³⁷⁵
por no arrostrar el del fuego,
y los conjura y exhorta
a que con él revolviendo,
noble resistencia opongan
al vencedor altanero;³⁸⁰

Y que cual valientes busquen
con él de salud un puerto,
no del Tesin en las ondas,
mas de la lid en el hierro;
que allí segura es la muerte³⁸⁵
y aquí bien puede no serlo;
que aquí aún les espera gloria
y allí sólo vilipendio.

Mucho alcanza, pues consigue
formarlos y contenerlos,³⁹⁰
y ya de esperanza nueva
ve casi el rostro risueño,
cuando aterrador fantasma
se ve venir a lo lejos:
los pendones invencibles³⁹⁵
de los españoles tercios.

Y olvidando que a su frente
tienen hombre tan excelso,
y del engañoso río

olvidando el grave riesgo,400
los esguízaros soldados,
de pánico asombro llenos,
huyen, al rey abandonan
y al vado parten derechos.
El francés monarca entonces405
las lágrimas del despecho
quemando su rostro augusto,
quiere morir como bueno,
y vuela hacia el puente, donde
aún resisten con empeño410
algunos fieles magnates,
algunos nobles guerreros.

*

Mas, ¡ay!, la suerte tremenda
llegar le impide a aquel puesto,
donde libertad y gloria415
iba a conseguir al menos,
pues que silbadora bala,
de ignoto arcabuz partiendo,
de su corcel fatigado
rompe y atraviesa el pecho.420

Vacila el bruto, retiembla,
de sangre espumosa el suelo
en raudo torrente inunda,
quédase clavado y yerto.

De nieve son sus orejas,425
de sus ojos muere el fuego,
yen grave estruendoso golpe
desplómase con su dueño.

¡Oh dolor, yace en el fango
el trono de Francia excelso,430
el poderoso monarca
que juzgaba el orbe estrecho!

De inconstancias de fortuna,
grande y doloroso ejemplo,
y de la humana soberbia435
aterrador escarmiento.

Nada hay firme en este mundo:
valor, gloria, nombre, imperio,
cuando una espada se empuña,
todo queda en duda puesto.440

*

El hidalgo vizcaíno
Juan de Urbietta, que cubierto
de tosco arnés, en un potro
escaramuzaba suelto,
pasa y ve bajo el caballo445
tan lucido caballero,
que por levantarse pugna

con inútiles esfuerzos.

No sospechando quién era,
le pone el lanzón al pecho,450
y «Ríndete al punto -grita-
o quedarás aquí muerto.»

Respóndele el derribado:
«Soy el rey de Francia, quedo
a tu emperador rendido,455
y heme ya tu prisionero.»

Retira Urbietta la lanza
con el debido respeto,
y con tan rara fortuna
pasmado queda y suspenso.460

Animado el rey, prosigue:
«Que al punto bajas te ruego,
que este maldito caballo
me revienta con su peso.»

Iba el noble vizcaíno465
a darle socorro presto,
y ya para echarse a tierra
soltó el estribo derecho,

cuando del puente a la boca
ve de franceses en medio470
su estandarte, y que el alférez
solo lo está defendiendo;
y el honor de su estandarte,
y la fe del juramento,
más que ansia de vanagloria475
en su alma ilustre pudieron,

«Ya señor -al rey le dice-,
socorro daros no puedo,
que es mi estandarte ante todo,
y está mi estandarte en riesgo.480

»Confesad que os he rendido,
y pues que prenda no llevo
porque podáis conocerme,
si a vuestra presencia vuelvo,
»miradme, que soy mellado»,485

y alzando del tosco yelmo
la visera, en un instante
le mostró dos dientes menos,
y revolviendo el caballo
al puente voló ligero,490
con el lanzón en el ristre
de honra y de lealtad modelo.

Romance Tercero
Un rey prisionero

Mientras el bizarro Urbietta
va a libretar su estandarte,
dejando la alta fortuna⁴⁹⁵
que le plugo al Cielo darle,
al rey Francisco, impedido
de moverse y levantarse,
porque le sujeta en tierra
de su caballo el cadáver,⁵⁰⁰

Diego Ávila, el granadino,
también hombre de armas, vase,
y que se rinda le grita,
decidido y arrogante.

Respóndele el rey: «Rendido⁵⁰⁵
a otro español estoy antes,
y que soy el rey de Francia
para tu gobierno sabe.»

Sorprendido el granadino
de aventura tan notable,⁵¹⁰
«¿A ese español -le pregunta-
habéis dado prenda o gaje?»

«Le di sólo mi palabra,
que mi palabra es bastante,
-contesta el rey-; mas si quieres⁵¹⁵
toma mi espada y mi guante;

»y sácame del caballo
y ayúdame a levantarme,
que la visera me ahoga
y esta pierna se me parte.»⁵²⁰

Ávila toma las prendas
destilando fresca sangre,
echa pie a tierra y ayuda
al rey con trabajo grande,
y levántalo, y el yelmo⁵²⁵
le desencaja al instante
para que le dé en el rostro,
que lo ha menester, el aire.

*

Hita, soldado gallego,
tosco y de toscos modales,⁵³⁰
con su sangrienta alabarda
y desharrapado traje,

llega, y con poco respeto,
ya resuelto a despojarle,
de la insignia se apodera⁵³⁵
del más elevado arcángel.

De San Miguel el collar
échase al cuello el salvaje,
con su tosquedad y harapos
haciendo extraño contraste.⁵⁴⁰

El rey le dijo: «Valiente,
por él te doy de rescate
seis mil ducados de oro,
y más, si en más lo estimares.»

Y contestóle el gallego:545
«Guardaréle, que colgarle
de mi emperador al cuello
podré yo temprano o tarde.»

*

En esto llegaban otros
soldados sin capitanes550
con la victoria embriagados,
cebados con el pillaje,
y en su sagrada persona
ponen sus manos rapaces;
la veste del rey desgarran,555
sus preseas se reparten,
y le arrebatan del yelmo
la bandereta y plumajes,
que la codicia villana
no guarda respeto a nadie.560

Ávila, Hita y Urbieta
(que ya en salvo su estandarte
dejó), con vanos esfuerzos
por defenderle combaten.

Cuando llegaron a punto565
varios nobles personajes,
que tan feroz soldadesca
obligan a reportarse,
enseñándoles, valientes
a que respeten y acaten570
a la majestad augusta,
que, aunque vencida, es muy grande.

*

De estar el rey prisionero
cunde la nueva al instante
por el uno y otro campo575
con efectos desiguales.

Los franceses, caballeros
de más valor y linaje,
tornan a correr la suerte
que a su rey Dios quiso darle.580

Y los jefes y caudillos
de las tropas imperiales,
vuelan a que cese al punto
la mortandad y la sangre.

El de Pescara glorioso585
corre ligero a la parte
en que al rey Francisco juzga
expuesto a villano ultraje.

Llega, del caballo salta,
y con respeto admirable,590
hincadas ambas rodillas
la mano quiere besarle.

No lo consiente el monarca,
que tiene un consuelo grande
en verse ya protegido595
por hombre que tanto vale.

Y obligándole risueño
de la tierra a levantarse,
«Noble marqués de Pescara,
pues que la fortuna os cabe,600

»-Le dice- de tal victoria,
os pido no se derrame
de mis vencidos vasallos
la desventurada sangre.

»Y espero que en vos encuentren605
protector, amparo y padre,
los franceses que se miran
como yo en tan duro trance.»

De lágrimas arrasados
los ojos al escucharle610
Pescara: «Señor -le dice-,
vuestra súplica es en balde;

»pues la nación española,
que logra triunfo tan grande,
en la victoria es tan noble615
como brava en el combate.»

*

También el del Vasto llega
y el rey lo recibe afable,
y con dignidad lo elogia
por su apostura y su talle.620

Y el consuelo se divisa
en su abatido semblante,
de verse entre caballeros
que tratar con reyes saben.

*

Mas imprevisto incidente625
vino de nuevo a alterarle
y a hacer más terrible y duro
su destino deplorable.

De Borbón el duque altivo,
¡desacato repugnante!,630
a su rey vencido quiere
sin reparo presentarse.

¿Y cómo? Manchado todo
con propia francesa sangre,
de un valor mal empleado635
haciendo insolente alarde.

No le conoce Francisco;
pero de pronto, al mirarle,
dio, por un secreto impulso,
de gran enojo señales.640

Y quién era preguntado,
como el marqués contestase:
«Señor, de Borbón el duque»,
puso un ceño formidable.

Y volviendo las espaldas645
con dignidad, ocultarse
quiso entre aquellos guerreros
porque el duque no llegase.

Notólo Pescara al punto,
y como discreto, parte650
a evitar inconvenientes
y allanar dificultades.

Ruega de Borbón al duque
que el sangriento estoque envaine,
que quite la sobreveste655
y que se limpie la sangre.

Y con él a pie se acerca,
donde el rey inexorable
no digna volver el rostro
que en ira y en furor arde.660

La mano el duque le toma
de rodillas; arrogante
la retira el rey. El duque
tiene la audacia de hablarle,
y el monarca levantando665
los ojos como volcanes
al cielo, en voz alta dice:
«¡Santo Dios, paciencia dadme!»

Oyendo lo cual Pescara
hace que de allí se aparte670
el de Borbón, y de él libre
tornó el rey a sosegarse.

Romance Cuarto Un andaluz

Reunidos los generales
de las naciones distintas
que el ejército del César675
ya vencedor componían,
acatan al rey cautivo
y le consuelan y animan,
conducirlo disponiendo
a los muros de Pavía.680

Darle un corcel, generosos,
con honrosa comitiva
de franceses personajes
que, rendidos, le seguían.

Y antes confesando todos⁶⁸⁵
con admirable Justicia,
que victoria tan insigne,
triunfo tan grande y tal dicha
se debe tan solamente
a la española milicia,⁶⁹⁰
disponen que España sola
tenga la prerrogativa
de guardar un prisionero
de tan importante estima;
y que Alarcón el famoso⁶⁹⁵
de alcaide y guarda le sirva.

*

En medio, pues, de los tercios
españoles, y a su vista,
desplegadas las banderas
de gloria y laureles ricas,⁷⁰⁰
de Alarcón a la derecha
el rey de Francia camina,
esforzándose orgulloso
en dar a su faz sonrisa.

Los escuadrones tudescos,⁷⁰⁵
que una ladera contigua
de aquel camino ocupaban,
al pasar la infantería
española, entusiasmados
le hacen salva, y alta grita⁷¹⁰
levantan hasta las nubes
repitiendo: «¡España viva!»

Al rey suspende tal muestra
dada por las tropas mismas
del ejército triunfante,⁷¹⁵
y es novedad que le admira.

Reconociendo cuán alta
la española gloria brilla,
pues competencias no admite
y da admiración, no envidia.⁷²⁰

Afable el rey conversando
con las personas distintas
que le cercan, caminaba
gallardo sobre la silla.

Y al encontrar de franceses⁷²⁵
prisioneros las cuadrillas,
los consuela con su ejemplo
y con su voz los anima.

Y a los cabos españoles,

que en respeto y cortesía⁷³⁰
ni un solo punto desdican
de lo que a nobles obliga,
los recomienda con tanto
extremo, afán y caricias,
que se arrasaban los ojos⁷³⁵
de cuantos allí venían.

*

En los altos de la marcha
embarazosa y prolija,
varios soldados de cuenta
a ver al rey acudían.⁷⁴⁰

Y el rey demostraba atento,
con delicadeza fina,
gusto en que le presentasen
los de garbo y nombradía.

Llegó entre tantos acaso⁷⁴⁵
Roldán, hijo de Sevilla,
llamado el «Arcabucero»,
mote puesto con justicia,
pues lo era tan extremado
que nunca erró puntería,⁷⁵⁰
clavando siempre las balas
donde clavaba la vista.

Este tal, galán y apuesto,
de cara muy expresiva,
de talle en extremo airoso,⁷⁵⁵
de aguda fisonomía,

Con aire matón y jaque,
calzas de majo y ropilla,
con un inmenso chapeo
de alas luengas y tendidas,⁷⁶⁰

con su cuera y sus mangotes
y sus frascos en la cinta,
de recamos adornada
y de escarcela provista,
se acerca al rey, y apoyado⁷⁶⁵
del arcabuz en la horquilla
y zarandeando el cuerpo
cual hombre que nada admira:

«Señor -con ceceo dice,
y lengua aunque gorda, viva-⁷⁷⁰
cuando mi sargento anoche
me dijo que combatía

»Vuestra Alteza en este empeño,
preparé varias cosillas:
los trastos que en tales lances⁷⁷⁵
cualquier hombre necesita.

»Fundí, señor, doce balas,
que al cabo son la comida

de esta serpiente -mostróle
el arcabuz con sonrisa,780
 »prosiguiendo-: fundí, digo,
doce balas, las precisas:
seis de plomo, destinadas
a canalla gabachina;
 »y las seis, muy a mi gusto785
cumplieron; ¡Dios las bendiga!
Fundí otras cinco de plata
para gente de alta guisa;
 »y en cinco ilustres monsiures
se hallarán, no están perdidas,790
que, ¡vive Dios!, tal acierto
no lo he tenido en mi vida.
 »Y una fundí, finalmente,
de oro muy puro y sin liga,
aquí está, señor, miradla.»795
Expuso a la regia vista
 una gruesa bala de oro
que en la escarcela traía,
continuando, sin turbarse,
con gracejo y con malicia;800
 «Gran señor, fundí esta bala
para daros muerte digna,
si en el combate de veros
se me lograba la dicha.»
 »Y ya que vuestra fortuna805
no os puso en mi puntería,
vuestra debe ser la prenda
que siempre vuestra a ser iba.
 »Tomadla, señor, tomadla,
pesa dos onzas cumplidas,810
y puede que para ayuda
de vuestro rescate sirva.»
 Al rey Francisco tal gracia
hizo aquella retahíla
del andaluz, y el despejo815
con que acertara a decirla,
 que, afable, tomó la bala,
diciendo: «Amigo, la estima
mi aprecio en mucho, y confío
que os lo mostraré algún día.»820
 Roldán le hizo reverencia
y vuelve a entrar en su fila,
tan contento de sí mismo
que ni a Carlos Quinto envidia.

Romance Quinto
Conclusión

Dueño absoluto de Italia⁸²⁵
fue el insigne Emperador,
con esta excelsa victoria
del alto esfuerzo español.

Y cautivo el rey de Francia
vino a Madrid y habitó⁸³⁰
la torre de los Lujanes,
con Hernando de Alarcón.

En la plaza de la Villa
aún dora esta torre el sol,
coronada de recuerdos⁸³⁵
que el tiempo no borra, no.

De ella al cabo el rey Francisco
rescatándose, tornó
a ocupar el rico trono
de la francesa nación.⁸⁴⁰

Pero su rendida espada,
prenda de insigne valor,
testigo eterno de un triunfo
que el orbe todo admiró,
en nuestra regia armería⁸⁴⁵
trescientos años brilló,
de los franceses desdoro,
de nuestras glorias blasón.

Hasta que amistad aleve
que ocultaba engaño atroz,⁸⁵⁰
con halagos y promesas
que ensalzó la adulación,
tal prenda de un triunfo nuestro
para Francia recobró,
como si así de la Historia⁸⁵⁵
se borrara su baldón.

Harto indignado, aunque joven,
esta espada escolté yo,
cuando a Murat la entregaron
en infame procesión.⁸⁶⁰

Pero si llevó la espada
la gloria eterna quedó,
más durable que en acero
de la alta fama en la voz.

Y en vez de tal prenda, España⁸⁶⁵
supo añadir, ¡vive Dios!,
al gran nombre de Pavía
el de Bailén, que es mayor.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

